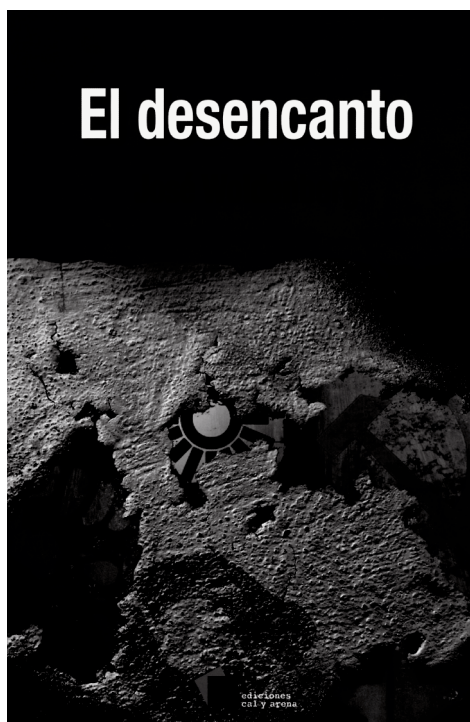


Woldenberg: ética e izquierda

Ciro Murayama

El desencanto de José Woldenberg es, como el título del libro indica, una obra triste, que se ocupa de contar la historia de una erosión gradual —aunque por momentos es acelerada— y, a la larga, devastadora, de la creencia y convicción de que la izquierda mexicana de fines del siglo XX e inicio del actual podía, a partir de los ideales de justicia e igualdad, impulsar una amplia transformación social en este país. *El desencanto* es, a la vez, un texto lleno de energía, de capacidad narrativa, de rigor analítico, de reivindicación de causas y principios, de formas de actuar en política, que culmina siendo una incansable batalla intelectual a favor del componente ético y programático sin el cual la política se vacía y desvirtúa, y de cómo es precisamente la base ética y propositiva la que puede distinguir y dar sentido a la izquierda.

El desencanto es un relato sobre la vida de un personaje central, Manuel, quien comparte en la novela características comunes con otro de la vida real: el biólogo Manuel Martínez Peláez, fundador del SPAUNAM y miembro del Consejo Sindical, impulsor del Movimiento Acción Popular y, por tanto, “mapache” de acuerdo a la clasificación con que las izquierdas mexicanas de los años setenta y ochenta denominaban a sus distintas “faunas”, integrante del Instituto de Estudios para la Transición Democrática, funcionario del Instituto Federal Electoral y profesor universitario, quien falleció en la paz del laico mientras dormía a fines de 2006, y uno de los cuatro amigos —junto con Salvador Chapa, Pablo Pascual Moncayo y Carlos Pereyra— a cuya memoria José Woldenberg dedica este libro. Pero el Manuel de la novela también es la voz, las reflexiones, los gustos, “las filias y fobias” de otros amigos y compañeros, camaradas



de obsesiones y causas, parte de una corriente de la izquierda mexicana que se singularizó y se singulariza frente a sus contemporáneos por su escaso dogmatismo y por su abierto ánimo dialogante, que le permitió ahondar en lecturas no comunes en las izquierdas de la época (de Bobbio y la experiencia de la socialdemocracia europea, por ejemplo, a Teodoro Petkoff en América Latina) y asumir posiciones incluso satanizadas por las propias izquierdas en esos años (como el reformismo), así como hacerse sin cortapisas de la convicción de que la democracia no es sólo un medio sino un fin en sí mismo, por lo que nunca puede ser sacrificable, actitudes que pueden calificarse como iconoclastas si se les mira en el momento histórico en que se defendieron; una corriente *sui generis* surgida del post 68 que también fue capaz de distanciarse de los autoritarismos de izquierda, y

que en el país fue contundente en su crítica a los abusos del régimen autoritario sin por ello llegar a condescender con la irresponsabilidad de la izquierda ultra, y que al mismo tiempo fue festiva, antirreverencial a los ritos y que, como pocas corrientes políticas, se nutrió de la savia de la amistad y la solidaridad permanentes, duraderas; características que les diferencian del grueso de aquella izquierda mexicana que no supo, no quiso o no pudo deshacerse de sus tentaciones autoritarias, antiintelectuales, de su vocación sectaria, deslumbrada por caudillos y renuente al análisis programático, para la que con frecuencia el fin justifica los medios y que, sin embargo, es la dominante en nuestro panorama.

Las obsesiones de Manuel el protagonista han sido los temas de estudio y debate de José Woldenberg el intelectual. La novela transcurre alrededor de eventos respecto a los que Woldenberg ha dedicado sus libros de ensayo previos, desde *Historia documental del SPAUNAM* (1987), pasando por *Revuelta y congreso en la UNAM* (1994), *Violencia y política* (1995), *La mecánica del cambio político en México* (2000), *La construcción de la democracia* (2002) y el que en buena medida es más familiar a esta última entrega: *Memoria de la izquierda* (1998), así como sus artículos periodísticos primero en *La Jornada*, luego en *Reforma*, además de publicaciones como el semanario *Etcétera* y la revista *Nexos*. Quizá, como una vez me comentó Adolfo Sánchez Rebolledo, *Fito*, con la malicia afectiva que fecunda en las amistades de muchos años: todos los libros que escribe Woldenberg son autobiográficos.

La vasta obra intelectual de José Woldenberg tiene como constantes una vocación pedagógica para entender y explicar

los acontecimientos políticos de México, una disposición para debatir sin concesiones —pero sin el recurso fácil de la adjetivación ni la descalificación del otro por el hecho de serlo, sino a partir de desgarrar ideas y argumentos—, así como una lucha sin cuartel contra el olvido, contra la desmemoria y contra la pretensión de que vivimos en un mundo adánico, sin pasado.

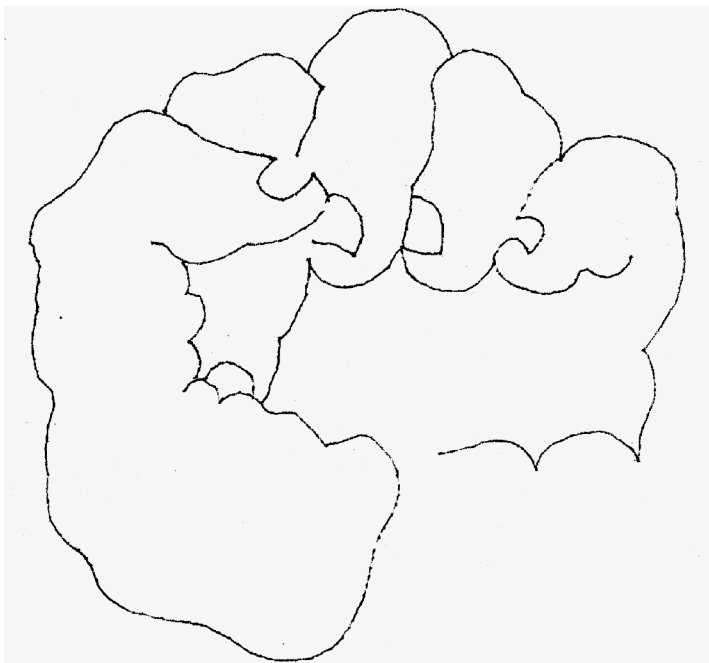
El desencanto es, también, un sustancioso y lúcido conjunto de ensayos de alcance no exclusivamente nacional sino cosmopolita, sobre cómo en distintos momentos y países el Partido Comunista se volvió triturador de algunas de sus mentes, plumas y voces más brillantes y valientes. La novela se alterna, capítulo a capítulo, con los papeles o “los archivos” de Manuel: ensayos que en el texto se dice que se encontraron en la computadora del propio Manuel pero que, como todo el libro, son creación exclusiva de José Woldenberg recuperando las biografías y las obras de Arthur Koestler, Howard Fast, André Gide, Ignazio Silone, George Orwell, José Revueltas y Víctor Serge, autores sin los que buena parte del propio siglo xx sería aún menos comprensible de lo que es.

José Woldenberg ofrece su segunda novela después de *Las ausencias presentes* (1992), y pone ante nuestros ojos un novedoso ensayo sobre autores clave que tienen en común el compromiso profundo con las causas de la izquierda casi siempre en épocas ominosas para las corrientes progre-

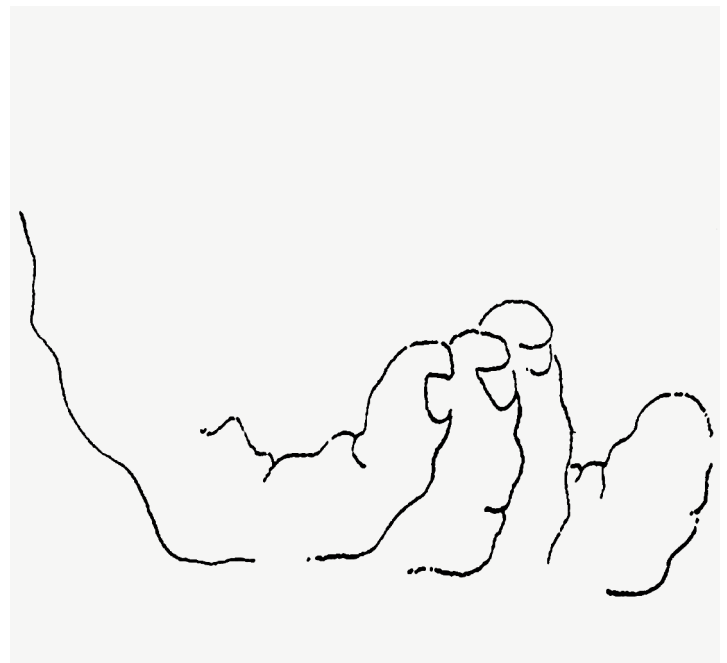
sistas, pero quienes tuvieron en prácticamente todos los casos el infortunio de haber sufrido el atropello desde la izquierda y desde sus partidos en el momento que adoptaron una postura crítica hacia sus organizaciones, cuando actuaron, además de como militantes o seguidores, como individuos con capacidad de discernimiento propio más allá de lo que la organización dictaba. Así, *El desencanto* también es una defensa del individuo, de su intransferible responsabilidad y de lo que debería ser el inviolable respeto a su peculiaridad personal. Por eso, este libro escrito desde y sobre la izquierda es también un libro de pulsión liberal y profundamente democrática.

Pero conviene ir por partes y tratar de seguir la secuencia de la novela, de una novela que todos los hechos históricos que narra son reales, comprobables, documentables. Inicio de los años setenta, para los jóvenes recién egresados de la licenciatura “el rencor y la furia conformaban un sentimiento poderoso y extendido. Y no podría ser de otra manera. La masacre ejecutada por el gobierno contra estudiantes que reivindicaban el ejercicio de libertades políticas resultaba imperdonable. En aquel ambiente flotaba también la esperanza, la ilusión de que las cosas podían ser de otra manera. Quizá no teníamos un esquema completo de cómo debían traducirse nuestros deseos, pero queríamos un país más libre y justo” (p. 12). A partir de entonces la política se convierte de forma literal en

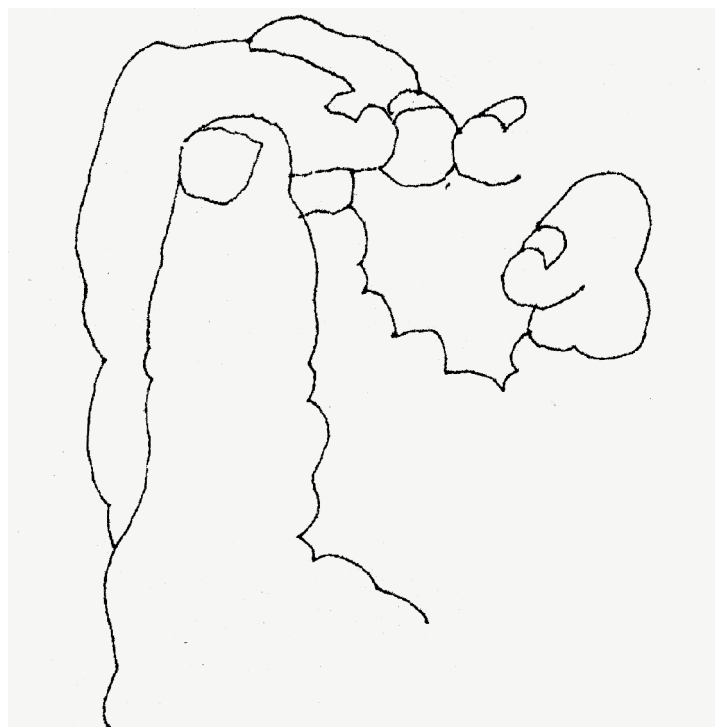
la brújula de la existencia: “Corría entonces el alcohol como si se tratara de un elixir mágico, la música oscilaba entre los boleros, lo tropical y el *rock*. Se comía poco (algunas papas fritas, salchichas botaneras, nueces, cacahuates) y se fumaba mota. Pero sobre todo, entre trago y trago y baile y baile se discutía sobre política con un calor que luego sólo he visto entre los aficionados al deporte. La política ordenaba la vida” (p. 14). La política, en efecto, ordenó la vida para desplegar la insurgencia sindical universitaria por todo el país, para sumarse a las demandas de la Tendencia Democrática de los electricistas que encabezó Rafael Galván, para protestar contra Franco y Pinochet, para llamar a la prudencia cuando Echeverría quiso entrar a la UNAM tras los sucesos del 68 y 71 y salió descalabrado, para hacer una huelga para defender los derechos laborales de los profesores y luego soportar la detención arbitraria y el ingreso de la policía a Ciudad Universitaria, para continuar con el empeño de construir sindicatos nacionales, para ir a cuidar las casillas electorales en la primera votación en que participó la izquierda en 1979. La política tenía sentido precisamente por la inconformidad política: “No nos gustaba la vida política del país: vertical monopartidista, antidemocrática. No nos gustaban los medios de comunicación: oficialistas, serviles. No nos gustaba la oceánica desigualdad social que marcaba a México. Pero por ello, la actividad política tenía miga y



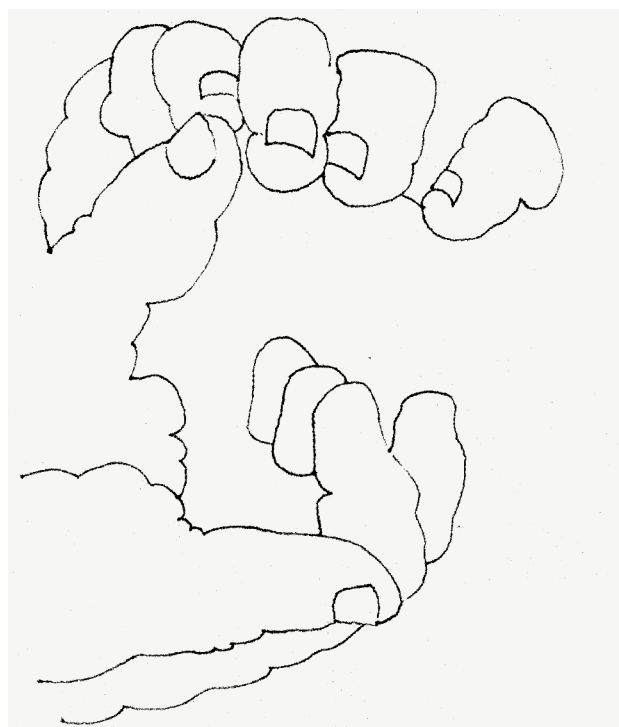
Eduardo Chillida, sin título, 1985



Eduardo Chillida, sin título, 1970



Eduardo Chillida, sin título, 1983



Eduardo Chillida, sin título, 1985

creíamos que podíamos cambiar” (p. 42). En esa apuesta de cambio “la democracia en los sindicatos resultaba crucial, estratégica. Con ella se podría recuperar la iniciativa obrera y generar un programa alternativo e independiente a los gubernamentales. Una ruta nacional y popular que fortaleciendo al Estado fuera capaz de construir un México más justo y equitativo” (p. 48). De ahí se pasó a la tesis de que: “Las tareas en los sindicatos y las agrupaciones campesinas y populares no tienen por qué estar reñidas con el trabajo político electoral” (p. 91), de tal suerte que “una corriente muy profunda empujaba a ir más allá del gremialismo, de las universidades, de los frentes populares, y experimentar y trabajar en un campo más vasto: elecciones, gobiernos municipales, poderes legislativos. No eran sólo las ganas, sino las circunstancias” (p. 93). Inicia así la vida partidista: “no resultaba sencilla, porque se trataba de un espacio donde se reproducían tendencias bien estructuradas y con planteamientos no siempre contables, [pero] el PSUM nos ponía en contacto con posibilidades nunca antes pensadas” (p. 107). Para 1988: “El poder de atracción de Cárdenas resultó muy superior a mis expectativas. Un ambiente festivo nos envolvió a todos. Por primera vez dejábamos de ser una fuerza marginal, testimonial, y aparecíamos como una enorme ola que sacudía al espacio político na-

cional” (p. 119). Tras la elección y el fraude electoral, “Cárdenas llamó a fundar un nuevo partido [...] y ese nuevo proyecto nos obligó a discutir a quienes manteníamos lazos de trabajo político conjunto qué deberíamos hacer. De nuevo, en unos cuantos años, se abría la posibilidad de entrar a formar parte de otro partido” (p. 121). En ese México: “La pluralidad no cabía ni podía hacerlo en el formato de un sistema de ‘partido casi único’. Y esa diversidad era la que alimentaba, reclamaba y requería de un auténtico sistema de partidos plural para expresarse y recrearse. La vuelta al pasado era una fantasía conservadora propia de pirómanos, y la apuesta por el desplome institucional nos parecía una irresponsabilidad” (p. 199). Desde entonces, el personaje se dedicó “sobre todo a contribuir a una causa que le parecía estratégica: la construcción de una vía electoral transitable, abierta, donde la diversidad de ofertas políticas pudiera competir de verdad, porque estaba seguro de que el resto lo haría la gente votando” (p. 242). Para él, leemos más adelante: “trabajar en el IFE fue como tener un palco en el Estadio Azteca y ser fanático del fútbol. Se trataba de un observatorio inmejorable para ver de cerca la actuación de los partidos” (p. 243). “Y vivía su experiencia laboral como una causa política” (p. 263). “Fue afortunado: alejado de la militancia sindical y de la mi-

litancia partidista, encontró una nueva militancia, ahora al servicio de la causa democrática” (p. 265). De ahí que se defendiera y encomiara la actuación del IFE sancionando las tramas ilegales de financiamiento político conocidas como Pemexgate y Amigos de Fox: “‘Se puede ser árbitro y las trampas pueden y deben ser penalizadas’. Se trató de castigos que resultaban impensables hasta el momento en que sucedieron” (p. 266).

En la descripción de cómo la política se convirtió en un norte vital del personaje de la novela hay, por el autor, el narrador, una manera diáfana de acercarse a los hechos, sin juegos de espejos, sin conciliábulos ni tenebra: la política es sobre todo razones, causas, posiciones, argumentos. Y no porque la política para el personaje o el narrador de *El desencanto* sea un territorio habitado por almas puras, sino que lo que hace novedosa y hasta cierto punto fresca a la política que leemos en la novela es la forma en que Manuel y los suyos participaban en ella. “La especulación, ese deporte nacional —quizás internacional—, desbordaba todos los diques. Manuel me contó que a él lo convenció la justeza de las demandas: el reconocimiento del sindicato y la firma de un contrato colectivo de trabajo. Y hoy que lo pienso, ése fue un rasgo del carácter de Manuel. No andar buscándole tres pies al gato o los supuestos motivos ocultos de las

cosas...” (p. 25). “No se trataba de adherirse a grandes causas inasibles, de compartir los anhelos de grupos intangibles, sino de trabajar todos los días por algo que se encontraba al alcance de la mano. Y de esa manera se edificaba en tierra firme, un sustrato material para la militancia política” (p. 26). Ajeno a la especulación, al argumento *ad hominem*, a las teorías conspirativas, pero a la vez poseedor de causa y de un programa puntual y transitable: ése es nuestro personaje. “Lo bueno de la política reformista —solía decir Manuel— es que convierte en celebración cada paso que da” (p. 18). Y ello es factible cuando se tiene “una guía racional, objetivos e instrumentos para alcanzarlos, planteamientos y desarrollos, así como una justificación ética y política”, lo contrario a “quien piensa que hacer política es hacer boruca y por ello les gusta el estruendo y las luces ratificales, aunque la causa sea irrisoria”, pues a fin de cuentas “política sin ética es puro pragmatismo; y ética sin política es puro diletantismo” diría Manuel citando a don Adolfo Sánchez Vázquez (p. 16).

El desencanto irrumpe en la biografía de Manuel y en la novela en 1986, con el surgimiento del Consejo Estudiantil Universitario en la UNAM. “¿Te acuerdas —me dijo Manuel— de aquella reforma que intentó impulsar el rector Carpizo? ¿Te acuerdas de la forma en que impidieron que prosperara? Qué vergüenza” (p. 141). La vergüenza comenzó cuando —y ésta es una anécdota real, aunque no le ocurrió a Manuel sino a otro profesor—, en una reunión de consejo técnico de Facultad, se acordó publicar un desplegado de apoyo a las reformas, y uno de los consejeros estudiantiles participó en la redacción. Ese mismo alumno, a los dos días, envió una carta al periódico diciendo que no estaba de acuerdo con el comunicado, aunque él lo había redactado. Cuando se le reclamó el doblez, el alumno dijo, campante: “Profesor, en política todo se vale”. El CEU, siempre lo ha sostenido Woldenberg, fue un movimiento defensor de privilegios, como el pase automático y la permanencia vitalicia en la UNAM aun sin estudiar, no de derechos. La distancia con el CEU creció cuando el movimiento exigió fórmulas de elección que le garantizaran carro completo

de la representación estudiantil, mientras que pedía pluralidad y diversidad en la elección de profesores. “Dos varas, dos medidas, dos conveniencias, puro cinismo” (p. 150). La novela rescata la experiencia de una corriente del CEU, minoritaria, la Corriente por la Reforma Universitaria (CRU), que apostó por colocar en el centro de las demandas estudiantiles la transformación académica de la UNAM y que impulsó, acordando con académicos y autoridades, el formato final para que el Congreso tuviera lugar, lo que valió a sus integrantes “el linchamiento verbal” de las demás corrientes del CEU porque “en efecto, si se quería avanzar era necesario negociar, acordar, ceder, todos esos verbos anatémicos desde una perspectiva radical, donde se pretende todo o nada” (p. 158).

El linchamiento verbal, práctica común de las izquierdas universitarias radicalizadas, se hace además desde una supuesta posición de superioridad moral, ésa que, como nos recuerdan los papeles de Manuel, tanto molestó a José Revueltas de los jóvenes comunistas, como lo hace ver a través del personaje Bautista en *Los días terrenales*: “Los jóvenes comunistas de aquí o no importa qué país de la tierra... con irreflexiva jactancia, se juzgaban capaces de ser distintos del resto de los hombres y capaces de no abrigar en su inmaculado e ingenuo corazón ninguna de las pasiones que son el tormento de los demás” (p. 308).

La experiencia del CEU da pie a que en *El desencanto* se analice el papel de los intelectuales que sacralizan a todo movimiento por el hecho de serlo: “Lo que está en el fondo es la vieja y peligrosa idea de que determinados grupos sociales portan en forma inmanente valores superiores a los de otros grupos, y ello seduce a no pocos intelectuales” (p. 152). Continúa con el análisis del papel de los intelectuales y la izquierda con este diálogo:

—A la izquierda le ha hecho mucho mal subordinar o intentar subordinar a los intelectuales. Y no hay nada más triste que un intelectual que se asume como correa de transmisión de los dictados partidarios. Le hace un flaco favor a la causa y a sí mismo.

—¡Le puedes hacer un gran favor a la derecha!

—Nada de servir a la causa con la fórmula de sumisión y menos contemporizar con todo tipo de marrullerías y sandeces sólo porque son nuestras (p. 156).

Así, Manuel defiende la crítica, la disidencia y al igual que Arthur Koestler recela de los portadores de: “Una sola verdad, una sola voluntad; [ante la que] las otras tienen dos opciones: sumarse o sucumbir” (p. 82). Y es partidario de la discusión abierta, por ello en sus papeles cita a Silone cuando escribió: “Lo que me chocó en los comunistas, incluso en personalidades excepcionales como Lenin y Trotsky era su absoluta incapacidad para discutir lealmente las opciones contrarias a las suyas. El discrepante... era, sin más, un oportunista, si no por añadidura un traidor y un vendido. Un adversario de buena fe parecía, para los comunistas rusos, inconcebible” (pp. 226-27).

El segundo episodio de la decepción fue en la vida partidista, en el PRD, organización incapaz al inicio de los años noventa de desplegar una agenda propia que fuera más allá de la mera denuncia al gobierno por su ilegitimidad de origen. “No se trata de hacer a un lado la evaluación de la estrategia gubernamental en la cual se reproducen fraudes electorales, campañas de desprestigio contra el PRD, marrullerías de todo tipo, sino de asumir una serie de responsabilidades que deberían derivar de compromisos democráticos del PRD. Para decirlo de otra forma: ver la paja en el ojo ajeno y no la viga en el propio puede ser un espléndido ejercicio de autoengaño, pero sobre todo, un expediente para privar al PRD del momento de reflexión y readecuación de su política que la situación parece demandar” (p. 212) escribió Manuel en el periódico. La falta de rumbo, la sumisión a la palabra del líder del partido, la carencia de espacios para una discusión real, llevó a los tres amigos de Manuel que habían pertenecido a la dirigencia del PRD, Adolfo Sánchez Rebolledo, Pablo Pascual Moncayo y José Woldenberg a presentar su renuncia al partido en 1991, con una carta que se reproduce íntegra en el libro.

Desde el principio Manuel se alejó de las tentaciones de alguno revolucionario. “Vio desaparecer a algunos de sus compa-

ñeros de Facultad que apostaron por la vía armada, pero nunca perdió su convicción de que ésa no era la fórmula para cambiar el país. No era sólo que la violencia le repugnara, sino que intuía que una vez desatada, así fuera por una supuesta causa noble, acabaría apoderándose de la lógica de la política. ‘Los medios nunca son anodinos. Modelan a los fines y a quienes los utilizan’. Así, cuando la guerrilla asesinó —como realmente ocurrió— a uno de los integrantes del Consejo Sindical, Alfonso Peralta, Manuel decía indignado: “Esos cabrones no son más que asesinos” para agregar más sereno: “Una vez que se toman las armas, éstas pueden ser usadas contra los enemigos, los adversarios, los inocentes, los compañeros y los amigos. Esa lógica-ilógica no falla nunca” (p. 60). Por eso en 1994 el que parte de la izquierda haya simpatizado y aplaudido una irrupción armada en Chiapas le resultó desalentador. “En esos días tensos y difíciles Manuel se peleó con más de uno” (p. 286). Así, en una cena, mientras un contertulio le dice que el alzamiento es la única forma de que reaccione la opinión pública y se vean sacudidos los privilegiados, Manuel responde: “Y mientras tú aplaudes, otros mueren, y nada nos garantiza que el final sea el que tú dices. Carajo, ¿no hemos aprendido que al final la violencia sólo dispara más violencia?” (p. 287). El razonamiento de Manuel encaja con el de Howard Fast cuando critica a quienes desde la placidez de su hogar abogan por la lucha armada. Fast se pregunta: “¿Qué culpas secretas tendrán estas personas que necesitan lavarlas con sueños enloquecidos de barricadas y derramamiento de sangre? No conocen más violencia que la de los accidentes de automóvil, [pero] ansían el baño de sangre que sus locos sueños les prometen” (p. 138).

Tres cosas preocuparon a Manuel del alzamiento zapatista: “La reaparición del expediente violento como recurso de la política, la vuelta al centro del escenario del Ejército y una Iglesia volcada hacia la política” (p. 291).

Las prácticas dominantes de las izquierdas no escapan a la novela. Manuel decía sobre el sectarismo y el ánimo de linchamiento contra todo aquel que no comulgue con la línea: “La Iglesia tuvo su Inquisición

para perseguir a los herejes. La izquierda no la necesita, cada uno de nosotros es una Inquisición” (p. 96). O el apego acrítico que, al formar el PSUM, todavía mostraban algunos hacia el bloque soviético: “cualquier crítica a la dirigencia polaca no era sino una política antisocialista. Para ellos el socialismo encarnaba en la Unión Soviética y en sus países satélites, y los reclamos de los trabajadores de Solidaridad no eran más que producto de bandas de ‘provocadores’” (p. 98). Esas posiciones estalinistas en la izquierda mexicana las hacía parte de lo que Víctor Serge definió como “la misma voz oficiosa” del totalitarismo. Ante la visión maniquea de que todo el que critica los abusos de los regímenes comunistas hacia el juego al imperialismo, “Manuel se burlaba: Se trata de vidas cuasi religiosas de un lado el Bien y del otro lado el Mal, y los que critican a Jaruzelsky y a la URSS le hacen el juego al Maligno [...] Ojalá la vida y la política fueran tan simples. Por desgracia, los cuentos de hadas no existen” (p. 99). Manuel no tolera la noción de una ideología dominante a que deben circunscribirse las ideas y hasta la creación artística. De sus papeles, se rescata esta idea de Gide: “Despojarse de la rutina, de la ‘ideología dominante’, de las repeticiones circulares y opresivas es precisamente la necesidad y el objetivo de la creación. Y por ello, la secuencia de revolución-ortodoxia-conformismo puede ser letal para el arte y el artista. Y el único antídoto sigue siendo la libertad” (p. 183).

El último episodio del desencanto es la actitud de buena parte de la izquierda y su candidato presidencial ante las elecciones de 2006. “Era desalentador [cuenta Manuel, después de enunciar y desmontar una a una las mentiras con que se quiso dar sustento a la idea del fraude] ver cómo el candidato primero acuñó la tesis del fraude y luego, como si fuera un sultán, una corte de seguidores empezó a construir las más descabelladas versiones de cómo había sucedido. En 1984 [la antiutopía de Orwell recreada en los papeles de Manuel] el Gran Hermano, infalible, primero expresa lo que quiere oír y luego el aparato se encarga de que escuche lo que quiere escuchar” (p. 373).

Concluyo esta nota con un comentario final sobre el autor. El político que ha

sido José Woldenberg desde hace décadas, el consejero presidente del IFE de la transición democrática, el constructor de instituciones, el que supo creer y hacer creer en la causa de las elecciones limpias y competitivas; el que para muchos analistas y políticos es un enigma por ser un ave rara en estas tierras, pues no buscó su reelección en el IFE, ni le han tentado las mil y una especulaciones sobre los cargos a los que su prestigio le permitiría aspirar, y que en cambio se dedica a la docencia universitaria, está hecho de la misma pasta excepcional con que él describe a Manuel: la política que les importa es la de las causas, la de los fines, la del compromiso y la militancia, la terrenal. Woldenberg es un intelectual heredero de la letra impresa entregado desde hace décadas al periodismo, al ensayo, a la crítica literaria e incluso a la creación literaria; para el cual el cargo que ocupó en el Instituto Federal Electoral jamás fue un fin sino un medio en la causa de la democracia con la que está comprometido hasta la médula y de la que ha sido inspirador e impulsor. Woldenberg, además, ha hecho política, mucha política de a pie; se formó en los sindicatos, en las asambleas, en los partidos, en la discusión, en la reflexión y en la elaboración programática. Con esos atributos hace una lectura severa, crítica, sobre nuestra izquierda. Una lectura que surge del desencanto, pero que arroja luz sobre cuál puede ser el futuro venturoso para la izquierda mexicana: una que defiende derechos, no privilegios; que construya organizaciones políticas democráticas, no que siga caudillos; capaz de trascender las consignas para elaborar propuestas rigurosas y transitables; comprometida sin fisuras con la democracia; alérgica a todo tipo de violencia y de autoritarismo; leal a las instituciones y reglas de la democracia, y con capacidad de aceptar la derrota y de hacerse responsable de la única variable que siempre puede controlar: sus propios actos. Todo aquel interesado en encontrar sentido, encanto, al proyecto de izquierda en el México contemporáneo, debe apearse antes en esta estación lúcida que es *El desencanto* de José Woldenberg. ■

José Woldenberg, *El desencanto*, Cal y Arena, México, 386 pp.